

*Presentación de La tríbada falsaria, Barcelona, 4 de febrero de 1981, en la boutique Babia, a cargo de Rafael Humberto Moreno-Durán. Coloquio.*

Miguel Espinosa.-Bueno, quiero agradecer a Rafael Humberto sus palabras en dos sentidos: primeramente, por haber venido a presentar mi libro y haberse preocupado de hablar, de leerlo y estudiarlo. Y después, porque ha hecho el estudio que yo quiero; no el estudio del libro como algo configurado, como una estructura semántica, como una estructura formal, sino que se ha olvidado de que el libro ha sido escrito, y ha hablado de los personajes, de Damiana y Lucia, como mito, es decir, como algo que ya está ahí y que pertenece al grupo, que pertenece a todos. En este sentido, aunque parezca una paradoja, la gloria más grande que puede tener un autor es llegar a ser autor anónimo, autor escondido; que los personajes le superen a él y que se hable del libro como algo que ha aparecido. El tratamiento que ha hecho Rafael Humberto de mi libro, y que yo no merezco, ha sido como si hubiera hablado de la *Fedra* de Sófocles, o algo así, algo que yo no he escrito. Ese tratamiento me encanta y verdaderamente me conmueve. En segundo lugar, quiero agradecer a la ciudad de Barcelona, y aunque sea un tópico decirlo, que me ha tratado muy bien. Y nombraré las tres personas por las cuales yo estoy ahora aquí, y por las cuales en Madrid me leen, y por las cuales estoy un poco considerado. Las diré por orden de aparición, y están aquí precisamente. Primero, Horacio Capel. Yo tenía los *Mandarines* escrito cinco años y no había quién me los publicara; un día, en Murcia, me dijo que los trajera a Barcelona, y se los daría a Amelia. Ya han aparecido dos personajes por los cuales estoy ahora aquí y puedo ser considerado como escritor. Si algún joven se acerca a mí y me pregunta algo, se lo debo a Horacio y a Amelia. Y después, a Masoliver, a quien estoy sumamente agradecido, como él sabe; fue el que verdaderamente me consideró ante el mundo catalán y, por consiguiente, ante el orbe. [Aplausos]

Amelia Romero.-¿Alguna pregunta al autor? ¿No?

Juan Ramón Masoliver.-Si vas a publicar aquella carta que me mandaste, que por cierto he perdido.

M.E.-La carta que te envié, ¿la has perdido?

J.R.M.-Sí. ¿La tienes tú? ¿Me la puedes hacer llegar de nuevo?

M.E.-¿Para publicarla?

J.R.M.-Hombre, por supuesto. Se hará lo que se pueda. Es que podía ir de apéndice, ahí, en la novela... Muy bien ha explicado el caballero la cosa, pero también esa creación tuya es muy interesante.

M.E.-Me ha gustado lo que ha dicho: que no quiero hacer una novela de la acción, sino de lo ontológico, de lo estático. ¿Tú qué piensas?

J.R.M.-*Bueno, yo pongo más el acento en la creación de lengua.*

M.E.-¿Perdón?

J.R.M.-*En que es una novela de creación de palabras.*

M.E.-¿De lenguaje?

J.R.M.-*Claro, con toda la carga que eso conlleva.*

M.E.-Yo creo que la clave está en que... todo el mundo sonrío, y les reto a ustedes a que sonrían o a que no sonrían. Sonreirán. Sí, aquí está la clave, para mí, del novelista. Si yo digo que Damiana es bisexual, es una mera información. La gente dice: "Pues bueno", como si dijera que hay aquí un fontanero. Pues muy bien. Entonces, el escritor, en vez de decir que Damiana es bisexual, debe decir: "Damiana es tríbada de dos ganas". Inmediatamente, la gente sonrío. Ha quedado acuñado y convertido en esencia lo que era actividad. El escritor debe convertir, por medio del lenguaje, la actividad en esencia.

Público.- ¿Por qué el subtítulo de "Tratado de teología"?

J.R.M.-*Eso es lo que a mí me explicaba en la carta.*

M.E.-"Teología" aquí la uso en sentido... Es que la palabra "teología" está muy despreciada por los Ilustrados. La Ilustración, que llega hasta nuestro tiempo, ha hecho un daño inmenso: quita el misterio al mundo. Los medievales usaban la palabra "teología" cuando se contemplaba una realidad desde la mayor ultimidad. Y es una ultimidad metódica, no una ultimidad esencial, porque yo no puedo decir que estoy en la ultimidad, sino por un método parecido al cartesiano. Voy replegándome, voy extrañándome del mundo y me coloco en una ultimidad metódica. Cuando se contempla el mundo desde una ultimidad metódica, la relación entre las cosas ya no es ni sociológica, ni antropológica, sino una relación más alta. Entonces es ontológica. Perdón, teológica. Si yo describo lo que pasa en la playa de Sitges, y digo que estoy en un chalet y a mi lado está el notario, un hombre muy listo, que ganó la oposición muy temprano, y era hijo de un fontanero, y se hizo a sí mismo, y tiene una mujer muy bella y unos niños muy rubios, que parecen angelitos; estoy haciendo novela rosa, porque la novela rosa no consiste en hablar de amor, sino en aceptar la realidad como convencional. Ese es el primer grado.

Si me extraño más y digo que ahí está el notario, que tiene un coche muy grande, porque tiene una infraestructura económica muy fuerte, y una criada que le dice "señor" (y hay ahí una dialéctica de criado y de amo), entonces estoy haciendo sociología. Si me extraño más y digo que aquí aparecen unas personas en la playa de Sitges, que cuanto más dinero tienen, llevan el bañador más pequeño, y que, para almorzar, el hombre, muy rico y triunfante, se muestra con menos palmas de bañador que su mujer, entonces estoy haciendo antropología, como si fuera a las islas Fidji.

Pero si me extraño todavía más, acabo por hacer teología. Yo creo que las relaciones de la burguesía actual son tan profundas, tan extrañas, que no se puede aplicar la sociología (no dice nada de ellos), ni la antropología. Hay que aplicar la teología, es decir, el pasmo.

PB.-*Sí, pero cuando hablas de teología, me imagino que te refieres al concepto estético de la teología, metafísico, pero no al moral...*

M.E.-No, no, al moral no. Aquí no hay teología moral. Es, exactamente, al concepto metafísico. Es decir, no me acuerdo ahora, no sé si acertaré ahora mismo, pero Ockham, por ejemplo, tiene un tratado de metafísica, y le llama de teología, porque es la visión del mundo desde la ultimidad.

PB.-*¿Y por qué el tema este? ¿Por qué el tema?*

M.E.-*¿El tema teológico?*

PB.-*No. El tema de las lesbianas.*

M.E.-El tema de las lesbianas no fue elegido, me fue dado.

PB.-*¿Por qué?*

M.E.-Es que el escritor no debe elegir: es lo que le es dado. El escritor que elige es como Cela o, con perdón, que es paisano tuyo [*se dirige a Humberto Moreno-Durán*], como García Márquez. El escritor verdadero no elige, tiene un destino, le es dado ese tema. Pero lo que yo quiero es hacer hincapié aquí, porque en algún sitio me han interpretado mal. Yo no tengo nada contra las lesbianas, las lesbianas como género. No hago nada contra ellas. Además, alguien me dijo una cosa muy graciosa, y es que, en vez de llamarla "tríbada falsaria" por qué no escribía una novela que se llamara "la heterosexual falsaria" [*Risas*]. Entonces, yo le demostré que lo contrario de "tríbada" no es "heterosexual", sino que "tríbada" es una determinación de "mujer". Yo puedo decir "la medrosita falsaria", "la coja falsaria", "la tonta falsaria"... "la tríbada falsaria", "la beata falsaria"... Pero es que "heterosexual" no es lo contrario de "homosexual". Lo "heterosexual" no existe. Esto, que yo creo interesante, ha sido un error lógico. Supongamos que tú hablas de los cojos, y después alguien se inventa "los no cojos". Pero de "los no cojos" no puedes hablar. Apareció el homosexual, y en un error lógico (que por cierto lo ha recogido no ya la prensa, sino libros, incluso personas tan respetables y sacerdotales como los psiquiatras) hablan del "heterosexual", pero el heterosexual no existe, como no existe "el no cojo". "Tríbada" no es lo contrario de "heterosexual", sino una determinación de "mujer". Igual se puede poner "medrosita"... Esto quiere decir que el libro no va, en realidad, contra las tríbadas. Si la mujer que hace esto a Daniel hubiese sido coja, el libro se hubiese llamado "La coja falsaria". [*Risas*]

Por consiguiente, no hay nada en contra de las tríbadas, y las feministas no podrán tener nada contra mí, que además no sé por qué... Nada contra ninguno de los tres [*Se dirige a los contertulios*]

R.H.M.D.- *Ese el error lógico que me hace pensar que todas las mujeres son hermosas, como casi todas las mujeres no son tuberculosas. Por esa misma razón. Esa es la única razón.*

M.E.- También podemos decir "La tuberculosa falsaria". Entonces, sería un error decir: "Oye, ¿qué tienes tú contra las tuberculosas? ¿Por qué no escribes "La no tuberculosa falsaria"? En la demostración de que no se puede decir "La heterosexual falsaria", se crean unos problemas de lenguaje, incluso metafísicos, enormes. Porque, como diría Wittgenstein, nos tenemos que someter a lo real. Aquí hay un hecho, y es que el lenguaje no admite "La heterosexual falsaria". Y, al no admitir eso, nos hace pensar que la palabra "heterosexual" ha sido creada después de "homosexual". No es que hubiera "heterosexual" y "homosexual", sino que ha sido una falsa invención.

PB.-*¿Por qué, cómo te vino dado el tema? ¿Qué significa eso?*

M.E.-Porque lo viví. Ha sido una experiencia.

R.H.M.D.-*¿Y qué más da eso? [Se dirige a quien ha formulado la última pregunta al autor]*

M.E.-Deja a la zagala que pregunte, Humberto. Fue una experiencia cercana.

P.B.-*Esto se está poniendo interesante... [Risas]*

M.E.- Sobre ese asunto anoche me decía un colombiano, compañero tuyo, una cosa muy bonita, y es que este libro demuestra que se puede hablar de las lesbianas sin hacer pornografía ni sexo. Estaba asombrado, porque hablar de las lesbianas, haciendo sexo, sería, además, un aburrimiento. No se dice nunca nada.

P.B.-*En tu libro no hay ni una palabra que pueda sonar a pornografía, ni a mal gusto en absoluto, desde luego. Sin embargo, se está tratando con un tema que se trata a patadas por la calle, ¿no? Y lo haces con una finura que me maravilla...*

M.E.-Muchas gracias... Me sonrojas.

P.B.-*La que me sonrojo soy yo.*

M.E.- De todas formas, quiero decir una cosa para evitar en mí toda vanidad, y es que este libro lo he escrito quince veces. Lo digo por si hay aquí escritores jóvenes: que sepan que todo es a base de una inmensa paciencia, de un inmenso trabajo. El escritor no consiste en estar inspirado, sino consiste en tener autocritica, es decir, "esto no, esto no". Ahí es cuando está el escritor.

R.H.M.D.-*Yo te hablaba antes del placer de la relectura y de la reescritura. Es el mismo placer. El mejor momento de la vida de un lector es cuando se pone a reorganizar su biblioteca. En esos momentos está ejerciendo el sagrado derecho de la crítica. Da preferencia a los títulos, los coloca al lado de los que quiere. Y lo mismo ocurre cuando el escritor se pone a recrear cinco o seis veces la misma página o el mismo capítulo, o decide quemarlo. Creo que ese es el último grado de libertad del escritor y su más alta prerrogativa.*

M.E.- Yo, con... [*Se interrumpe la grabación*]